



Foto: Colección Bernardo González

Lázaro Cárdenas entrando a San José de Gracia, 1934.

Todo es microhistoria

Este mes Pueblo en vilo, el libro clásico de Luis González y González, cumple cuarenta años. A propósito de este aniversario, Juan Pedro Viqueira vuelve a la obra, pionera de la microhistoria nacional, y al pueblo que le dio vida, San José de Gracia, tan local como universal.

N más de una ocasión, en charlas informales, escuché a Luis González y González lanzar la provocadora afirmación de que aquello que se presentaba como historia nacional de México no era, en realidad, más que una microhistoria de la ciudad de México. Desde entonces no he dejado de interrogarme sobre el significado que tenía para Luis González esta idea, que presentaba como una graciosa ocurrencia, pero que a mi juicio tenía importantes implicaciones en su manera de concebir y practicar el oficio de historiar. Sin duda, a través de esa ingeniosa frase, Luis González criticaba la estrecha

visión centralista de los historiadores profesionales que se interesaban muy poco en lo que sucedía fuera de los círculos políticos de la capital. Más allá de esta evidencia, pienso que buscaba darnos a entender que ninguna obra historiográfica, por extensos que fueran los ámbitos espaciales que se propusiera abarcar, dejaba de ser de alguna manera un trabajo de microhistoria. De ser cierto esto, no tendría ningún sentido oponer los trabajos de Luis González que cubren todo el territorio nacional con aquellos que se limitan a un poblado o a una pequeña región del país. Detrás de la diversidad de sus obras, se escondería en realidad una profunda unidad en cuanto a la manera en que abordaba los problemas historiográficos, siempre a través de un potente lente microhistórico.

Lo micro y lo macro

Para empezar, conviene recordar el complejo diálogo que construye Luis González en sus trabajos de microhistoria con la llamada “historia nacional”. Hoy en día, en algunos círculos académicos, está de moda oponer la microhistoria gonzaliana a la “nueva” microhistoria italiana, como si se tratara de géneros tan distintos que, como el agua y el aceite, no pudieran combinarse de forma duradera. Sin duda es imposible confundir un libro de Luis González con uno de microhistoria italiana. Nadie pone en duda que existan notables diferencias en la manera de abordar el género microhistórico entre el historiador michoacano y sus colegas italianos. El problema es que la distinción se utiliza a menudo para descalificar la microhistoria gonzaliana. Según algunos, ésta no sería más que una forma de monografía local “a la antigüita”, de interés muy limitado. En cambio, la microhistoria italiana supondría una profunda renovación de la disciplina, al plantear nuevos problemas de investigación, al cambiar la forma de pensar las relaciones entre lo local y lo general, y al inventar nuevas formas narrativas. Estos críticos no saben obviamente que Carlo Ginzburg le escribió a Luis González una carta para contarle cómo *Pueblo en vilo* despertó su interés por los fenómenos micro.¹

Ciertamente es necesario aceptar que este malentendido –el ver en las microhistorias gonzalianas tan sólo simples monografías locales– fue favorecido, en parte, por el propio Luis González. Así, sus artículos y ponencias recogidas en la nueva edición de *Invitación a la microhistoria*² tienen como principal objetivo hacer una decidida defensa de las historias pueblerinas –a menudo escritas por eruditos locales–, que él llamaba “historias matrias”. Luis González también participó con entusiasmo en el proyecto colectivo de escribir una monografía histórica para cada municipio de Michoacán: así nacieron sus libros *Zamora* y *Sabuayo*.³

Pero pienso que en este caso, como en muchos otros, hay que poner en práctica el sabio consejo de Paul Veyne, quien recomendó no prestar demasiada atención a lo que los historiadores dicen que hacen, sino más bien fijarse en lo que de hecho hacen.⁴ Veamos, pues, cuál fue la microhistoria que practicó Luis González, tejiendo complejas interacciones entre lo local, lo regional y lo nacional.

¹ Comunicación personal de Jean Meyer. En su artículo, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, *Ruptura* (Universidad Juárez Autónoma de Tabasco), 10-11, marzo-junio 2002, pp. 11-27. Carlo Ginzburg se refiere en varias ocasiones a Luis González como pionero de la microhistoria. Señálemos que Ginzburg no es el único historiador europeo de prestigio que ha admirado su obra. En el año escolar de 1987-1988 tuve el gusto de escuchar a Pierre Vilar, en el seminario que impartía en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, elogiar el artículo de Luis González y González “Suave matrío”, *Invitación a la microhistoria / Obras completas, tomo IX*, México, Clío / El Colegio Nacional, 1997, pp. 167-187.

² *Obras completas, tomo IX*, México, Clío / El Colegio Nacional, 1997.

³ Zamora, El Colegio de Michoacán / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1984 (2^a edición); y México, Gobierno del Estado de Michoacán (Monografías municipales del Estado de Michoacán), 1979.

⁴ Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, Seuil, 1971, pp. 9-10.

La microhistoria como monografía local universal

Es indudable que *Pueblo en vilo*, *Zamora* y *Sabuayo* tienen algo de monografía local. Para bien, a mi juicio. Estos libros son –como lo dijo Luis González– “historias universales”, es decir, pretenden dar una visión general y unificada de los diversos ámbitos que conforman la vida social, recogiendo las experiencias de sus pobladores presentes y pasados, pobladores que no separaban sus prácticas demográficas de sus creencias religiosas, la economía de sus ideales de prestigio, la política de sus relaciones familiares y personales. En efecto, para las personas de carne y hueso todo aquello que los científicos sociales distinguen sesudamente está indisolublemente unido.

Por otra parte, las monografías locales son, sin duda, el mejor espacio historiográfico para comprender las relaciones concretas que se dan entre varios fenómenos. Mientras que las historias nacionales sólo pueden establecer relaciones conjeturales –a menudo erróneas– entre distintos fenómenos sociales, las microhistorias, en cambio, nos permiten comprender cómo las personas interpretan su momento histórico y cómo, a través de esa interpretación, responden a los problemas que se les plantean.

Así, por dar un ejemplo, muchos historiadores del nazismo han señalado que la crisis económica de 1929 contribuyó decisivamente al ascenso de Adolf Hitler. Pero, si bien pueden afirmar que existe una estrecha correlación entre ambos fenómenos, no logran hacernos comprender la manera concreta en que la crisis económica repercutió en los desplazamientos de las simpatías políticas de los alemanes. Es más, estos estudios macrohistóricos pueden resultar engañosos al hacernos creer que aquellos que más padecieron los efectos de la crisis de 1929 fueron los que abrazaron la causa del nazismo con mayor entusiasmo. Tuvo que llegar un microhistoriador –William Sheridan Allen–, quien estudió a profundidad el pueblo en el que, en 1932, el porcentaje de votos en favor de los nazis fue el más elevado de toda Alemania, para que pudiéramos comprender en sus justos términos la relación entre ambos fenómenos.⁵ En efecto, Allen nos muestra que en ese pueblo los que resultaron más afectados por la crisis económica fueron los obreros que perdieron sus empleos. La clase media, en cambio, salió bastante bien librada de la recesión. Incluso, su capacidad de ahorro se incrementó, tal como lo reveló el estudio de las cuentas bancarias del pueblo. Sin embargo, fueron sobre todo los miembros de esta clase media los que empezaron a votar en masa por el Partido Nacional Socialista, mientras que la gran mayoría de los obreros mantuvo su apoyo al Partido Socialdemócrata o al Partido Comunista. ¿Cómo se explica esto? La crisis no afectó los bolsillos de los integrantes de la clase media, pero sí les infundió miedo. Al ver cada mes las filas de obreros

⁵ William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1922-1945*, Nueva York, F. Watts, 1984 (2^a edición, corregida y ampliada).

empobrecidos que acudían a la ciudad a cobrar sus seguros de desempleo, muchos comerciantes, artesanos, funcionarios y profesionistas empezaron a temer que pronto les tocaría correr la misma suerte y quisieron creer que un gobierno fuerte y autoritario los salvaría de la crisis económica. Es decir que no fueron los hechos “objetivos” –una disminución en sus ingresos o la quiebra de sus negocios– los que acercaron a las clases medias al nazismo; fue la interpretación “subjetiva” que le dieron a la crisis –los temores que despertó en ellos– la que las llevó a arrojarse en los brazos de los nazis en busca de una ilusoria seguridad. Sólo la microhistoria, que se interesa en los hombres concretos y no en fenómenos abstractos, puede dar cuenta de cómo se engarzan fenómenos distintos para conformar una realidad única.

Así, el enfoque microhistórico nos obliga a recordar que, entre un fenómeno “objetivo” y otro, siempre median lecturas “subjetivas” y que las personas no reaccionan ante la realidad sino ante lo que ellas creen que es la realidad y ante lo que piensan que esta puede llegar a convertirse el día de mañana. Los hechos pasados se transforman en un presente que nos interpela y que nos exige una respuesta a través del prisma de un futuro posible, deseado o temido. Así, para regresar a Luis González y a su obra clásica de microhistoria, *Pueblo en vilo*, una aurora boreal o el rumor de que el mundo se va a acabar el 1º de enero de 1900 pueden ser acontecimientos más relevantes para San José de Gracia que la Intervención francesa, por dar un ejemplo.⁶ De igual forma, muchos josefinos perdieron la oportunidad de hacerse de un pedazo de tierra tan sólo porque no concebían que una hacienda pudiera desintegrarse y desaparecer.

La microhistoria como puesta en contexto de lo local

Sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en muchas monografías antropológicas de las décadas de 1950 y 1960 –no tan viejas cuando se escribió *Pueblo en vilo*–, Luis González no se encierra nunca en el ámbito pueblerino, sino que, en cada uno de los capítulos de su libro, entabla un enriquecedor diálogo entre la historia de San José y la historia nacional.

Una primera forma que toma este diálogo es la de señalar, con toda claridad, el contexto nacional –a menudo, en realidad, sólo capitalino– de los acontecimientos locales, la de mostrar las interrelaciones que existían entre el terreno y la nación y la de destacar los fenómenos macro que hicieron posibles los fenómenos micro.

Así, incluso en los primeros capítulos del libro –en los cuales Luis González describe el aislamiento de San José de Gracia, que se encuentra fuera de las principales vías de comunicación coloniales y decimonónicas, y muestra las profundas diferencias entre lo que acontece en el pueblo

y lo que relatan las historias patrias–, el autor nunca deja de poner en evidencia las relaciones que existen entre lo local, lo regional y lo nacional. La llegada de los primeros pobladores a la Meseta de Larios –la Eva y los tres Adanes de esta microrregión en la que siglos después se fundará San José de Gracia– es narrada, por ejemplo, como parte de la prodigiosa expansión de la ganadería en el occidente novohispano en las décadas que siguieron a la Conquista española. La crisis del siglo XVII, por su parte, permite comprender el abandono que padecieron las haciendas de la Meseta de Larios. Aunque la expansión económica y demográfica de finales del siglo XVIII aportó nuevos contingentes humanos a la región, las guerras de Independencia la despoilaron una vez más, para luego repoblarla con habitantes de la ribera del lago de Chapala que huían de las campañas realistas de tierra arrasada. Los enfrentamientos entre conservadores y liberales aportarán “nuevos prí fugos de la patria en llamas” a la Meseta de Larios, hasta triplicar su población. Luis González lanza también la hipótesis de que el fraccionamiento de la hacienda Cojumatlán –que permitirá que varios habitantes de la meseta se transformen en pequeños propietarios– se debió a las pérdidas de poder y de riqueza de sus propietarios como resultado de las luchas intestinas nacionales. La Guerra de Intervención, a su vez, propició la llegada de nuevos pobladores, quienes habían combatido contra las fuerzas de Maximiliano. Por su parte, la relativa paz establecida en el país durante los gobiernos de Juárez y de Lerdo de Tejada consolidó la economía ranchera de la región, que se abrió –tímidamente al principio– al mercado interior a través de la venta de lana, cera, quesos y mezcal. Esta relativa bonanza económica hizo posible la fundación del pueblo de San José de Gracia en 1883. Cinco años después, la construcción del ferrocarril México-Guadalajara, con su estación en el no muy lejano pueblo de Ocotlán, permitió a los josefinos exportar cerdos y quesos hasta la ciudad de México. El vínculo entre el “aislado” pueblo de Los Altos de Jalmich y la “remota” capital del país quedó así firmemente establecido. Décadas después, algunos josefinos se trasladarán a la ciudad de México para vender directamente ahí los productos de su patria. Luis González estaba consciente de que una parte esencial de la microhistoria de San José de Gracia transcurría en la capital, por lo que pensó en escribir una historia de los josefinos chilangos.

Esta puesta en contexto de los acontecimientos locales era tan importante para nuestro historiador ranchero que este afirmó en su libro *Zamora* que uno de los principales méritos de su monografía radicaba en el hecho de que “a los claros varones de la localidad los saco de su galería aparte y los enchufo en el momento que les corresponde”.⁷

⁶ Luis González y González, *Pueblo en vilo*, México, El Colegio de Michoacán, 1995 (5ª edición), cap. I, “Cojumatlán en venta”, pp. 60-61; y cap. II, “El gran miedo del año 1900”, pp. 102-103.

⁷ L. González y González, *Zamora*, pp. 11-12.

La microhistoria como crítica de la historia de bronce

Sin embargo, las relaciones entre la microhistoria gonzaliana y la historia nacional no son sólo de complementariedad sino también, a menudo, de oposición. En efecto, la historia de México vista desde San José de Gracia adquiere otro sentido y cambia radicalmente de rostro. Así, en *Pueblo en vilo*, la Revolución no aparece como una gesta heroica por la liberación del pueblo oprimido, sino como una sucesión de incursiones de bandoleros que roban, violan y destruyen los pueblos que encuentran a su paso. Los supuestos ideales revolucionarios ceden el papel protagónico a los campesinos, víctimas de la violencia. A las desgracias que cometen las huestes de bandoleros se suma en 1918 la epidemia de *influenza* que se ceba sobre los habitantes del pueblo, hambrientos y arruinados.⁸

Por otra parte, la guerra cristera –de la que nadie quería hablar en los años en que se escribió *Pueblo en vilo*– aparece para los josefinos como un acontecimiento más importante que la misma Revolución. La persecución religiosa desatada por el gobierno de Calles es vivida por ellos como una violenta agresión a sus formas de vida cotidiana y a sus creencias más profundas. Por ello mismo, a diferencia de lo que sucedió durante la Revolución, muchos de los hombres de San José de Gracia toman las armas y se lanzan a luchar contra “el mal gobierno”. Como represalia, las tropas del gobierno incendian el pueblo en 1927.



Luis González y González acompañado de sus padres.

La reforma agraria en *Pueblo en vilo* no suscita el entusiasmo de los campesinos sin tierras. Los mayores piensan que “es indigno recibir tierras regaladas”. Por lo tanto, sólo algunos jóvenes de las rancherías se alistan en el bando agrarista. Más grave aún: las luchas agrarias marcan el inicio de la corrupción como medio de relación con los empleados del gobierno. Propietarios y solicitantes de tierras sobornan a los ingenieros topógrafos para que favorezcan sus intereses. Como dice Luis

González, retomando las palabras de algún vecino del pueblo: “Se puso de moda el dar mordida pa’ todo.”

Finalmente, ahí en donde los historiadores interesados en la nación veían un largo periodo de estabilidad a partir del gobierno de Manuel Ávila Camacho, sobre el cual no había demasiado que narrar, Luis González pone en evidencia los enormes cambios sucedidos a un ritmo vertiginoso en San José de Gracia, cambios que transforman profundamente sus técnicas agropecuarias, refuerzan los lazos económicos del pueblo con el resto del país, promueven la migración a Estados Unidos y trastocan las mentalidades de sus pobladores.

Todas estas diferencias entre la historia de México y la de San José de Gracia, ¿se deberán a que este pueblo michoacano es un caso anómalo? ¿O no será más bien que la historia patria tal y como se había narrado hasta entonces era, ante todo, una arma de propaganda política, un medio de legitimación de la Revolución Mexicana hecha gobierno o reivindicada por opositores que decían que había sido traicionada y querían ocupar los puestos públicos para continuarla a su manera? ¿No será que esa historia de bronce era asunto tan sólo de las pequeñas élites afincadas en la capital que se disputaban el poder, pero no tenía gran cosa que ver con las experiencias de la gran mayoría de los mexicanos, con las vivencias de los que Luis González llamó certamente los “revolucionados”?⁹

Así, disimulada detrás de la apariencia de una simple monografía provincial, se encuentra en *Pueblo en vilo* una obra que vino a cuestionar desde la raíz el *statu quo* historiográfico imperante. La “historia universal” de San José de Gracia mostraba la urgencia de una relectura profunda de la Revolución, exigía que la guerra cristera fuera tomada en cuenta como uno de los acontecimientos más importantes del siglo XX mexicano, incitaba a ver con otros ojos la reforma agraria y ponía en evidencia la necesidad de estudiar seriamente aquellos períodos de estabilidad social que los historiadores solemos rehuir porque en ellos “no sucede nada”. Las jóvenes generaciones de estudiosos del pasado entendieron claramente el mensaje implícito en *Pueblo en vilo*. Este libro fue, así, la primera piedra del revisionismo histórico que se desarrolló exitosamente en México en la década de 1970.

Hoy, la historia universal de San José de Gracia mantiene intacto su carácter profundamente subversivo: nos muestra que la historia de bronce tiene los pies de barro y que las visiones ideologizadas del pasado no resisten un pacífico ataque historiográfico “a ras del suelo”¹⁰ que recupere las vivencias de hombres y mujeres comunes y corrientes. Ésta es sin duda una de las grandes lecciones de la microhistoria gonzaliana.

9 L. González y González, “La Revolución Mexicana desde el punto de vista de los revolucionados”, *La ronda de las generaciones / Obras completas, tomo VI*, México, Clío / El Colegio Nacional, 1997, pp. 245-258.

10 Expresión tomada de la introducción de J. Revel, “L’histoire au ras du sol”, a la edición en francés del libro de G. Levi, *Le pouvoir au village / Histoire d’un exorciste dans le Piémont du XVII^e siècle*, Paris, Gallimard, 1989, pp. I-XXXIII.

8 L. González y González, *Pueblo en vilo*, cap. IV, “Los agentes de la revolución en San José” y “La Puntada, Inés Chávez García y la gripe española”, pp. 159-173.

La historia nacional como microhistoria

Una verdadera historia nacional que busque dar cuenta de la diversidad existente en el territorio mexicano tiene, pues, que construirse a partir de una amplia colección de historias locales o regionales. Fue así, justamente, como procedió Luis González cuando se le encargó escribir gran parte del volumen sobre la “vida social” durante “La República Restaurada” en la magna obra coordinada por Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*.¹¹ En el capítulo “El hombre y la tierra”, a partir de una muy original división del país, Luis González da cuenta de la situación geográfica, demográfica y económica de todas y cada una de las regiones de México. De igual forma procede en “El subsuelo indígena”, donde describe la situación de los indígenas usando como unidades de análisis tanto las regiones como los grupos lingüísticos. Cuando trata de “La escala social” –campesinos, marginados y obreros–, el historiador ranchero no duda en señalar las diferencias más importantes que existen al interior de cada grupo social.

Sin embargo, sabemos que la historia nacional es algo más que un simple agregado de historias locales o regionales, e incluso que la interrelación entre esas historias. La historia nacional está vertebrada, estructurada, por fuerzas e instituciones que trascienden lo local –y a menudo también lo nacional–, como pueden ser “el Capital, el trabajo, la Iglesia, el Estado, la cultura y los imperios”, por seguir la tipología establecida por Luis González en *Los artífices del cardenismo*.¹² Sin embargo, estas instituciones no son entes abstractos, fuerzas impersonales, sino que están constituidas por personas de carne y hueso que se encuentran a veces en competencia entre sí (como sucede a menudo entre los capitalistas en el campo económico), o asociadas las unas con las otras (en las organizaciones obreras, por ejemplo), u organizadas en forma jerárquica y sujetas a reglas explícitas (como es el caso del Estado y de la Iglesia). Cabe anotar que en las instituciones jerárquicas, a pesar de que sus miembros tienen que jurar fidelidad a las reglas que les rigen, estas se suelen violar constantemente, dado que los encargados de aplicarlas siguen sus criterios personales o incluso sus intereses particulares. El famoso “acato, pero no cumple” de los tiempos virreinales, afirmado abiertamente o practicado sigilosamente, sigue siendo el pan nuestro de cada día.

Estas instituciones son, pues, comunidades humanas –ciertamente con características muy originales– constituidas por un número de personas similar al de los habitantes de un pueblo, o a veces incluso de una ciudad. Así, pueden –e incluso me atrevería a afirmar, deben– ser estudiadas recurriendo a los métodos de la microhistoria. Luis González señaló acertadamente que “curiosamente a nadie se le ocurrió

entonces investigar la anatomía, la fisiología y la psique de los entes antedichos señalados para dirigir la vida de México”.

Una de las originalidades de estas comunidades institución es obviamente que no están constreñidas a un pequeño territorio, sino que se despliegan en amplios espacios, como puede ser un estado de la Federación, el conjunto de México o incluso la casi totalidad del planeta. Al mismo tiempo, los miembros de estas instituciones nunca son los únicos habitantes de dichos espacios, sino que compiten con otros por consolidar y expandir su poder de maneras muy diversas.



La parroquia de San José de Gracia.

De hecho, la extensión territorial y la estructura jerárquica de estas instituciones les proporcionan muchas ventajas a la hora de imponer sus decisiones sobre los pobladores de las distintas localidades, que, en cambio, se encuentran divididos internamente y que rara vez se coordinan con los de los pueblos vecinos. A pesar de ello, en ciertas ocasiones, los David pueblerinos pueden lograr mantener a raya a los Goliath institucionales.

Hoy, los historiadores de vanguardia se han propuesto estudiar estas comunidades institución a través de la teoría de las redes sociales con excelentes resultados.¹³ Por su parte, Luis González –quien siempre buscó dar una visión global de las sociedades que estudiaba– fue consciente de que un solo investigador era incapaz de analizar la totalidad de las prin-

¹¹ *La República Restaurada / La vida social*, México, Hermes, 1956.

¹² Vol. 14 de la *Historia de la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 47-95.

¹³ Véase, por ejemplo, Michel Bertrand, *Grandeur et misère de l'office / Les officiers de finances de Nouvelle-Espagne (xvif-xviiif siècles)*, París, Publications de la Sorbonne, 1999.

cipales redes sociales, no sólo por su amplitud, sino también porque es imposible estudiarlas como si se trataran de “comunidades cerradas y corporadas”; hay que verlas actuando en todas las localidades en las que tienen presencia.

Por esta razón, decidió privilegiar el estudio de la cima de estas comunidades instituciones, de sus “vanguardias”, de sus “minorías rectoras”. Para ello, recurrió a la teoría de las generaciones de Ortega y Gasset, a la que bajó del mundo de las abstracciones para hacer de ella un muy original instrumento de análisis, que desarrolló tanto en *Los artífices del cardenismo* como en *La ronda de las generaciones*.¹⁴ El microanálisis que Luis González hizo de las minorías rectoras de seis generaciones (en las que incluyó a políticos, intelectuales, sacerdotes, militares y empresarios) entre 1857 y 1958 –su estudio “prosopográfico”, dirían los historiadores de hoy en su oscura jerga– y, sobre todo, la manera en que conjuntó su conocimiento sobre las seis mencionadas instituciones más relevantes del país, de los trescientos cachorros de la Revolución y de la vida del epónimo de esa generación –el general Lázaro Cárdenas– se suelen desligar por completo de sus libros de historia local. De hecho, el propio Luis González, quien no era dado a lamentarse, escribió en su “egohistoria”: “Esperé en vano que se reconociera la originalidad de los dos volúmenes [de la *Historia de la Revolución Mexicana*] salidos de mis investigaciones, mis métodos de entender y explicar y mi modo poco elegante de narrar historia. Tanto *Los artífices del cardenismo* como *Los días del presidente Cárdenas*¹⁵ han corrido con poca suerte.”¹⁶

La decepción de Luis González ante el escaso reconocimiento de estas dos obras por parte de sus colegas historiadores es fácilmente comprensible si tomamos en cuenta que constituyen un claro ejemplo de aplicación de un enfoque micro a una historia de corte nacional. Dado que las minorías rectoras estudiadas por Luis González vivían y actuaban en gran medida en la capital del país, se puede decir que su historia constituye una parte nada despreciable de la de la ciudad de México. Así, cobra cabal sentido la frase de Luis González de que “la historia nacional es la microhistoria de la ciudad de México”, que a primera vista parecía tan sólo una graciosa ocurrencia lanzada en una animada plática de café.

La microhistoria como estudio de los intermediarios culturales

Aunque Luis González se centró en el estudio de las minorías rectoras, afortunadamente nos dejó también unas muy logradas descripciones de algunos miembros de la base de

las principales comunidades instituciones de México, de algunos de los intermediarios culturales que articulan las historias locales con la historia nacional. Estos intermediarios incluyen, entre otros, a representantes comerciales, a líderes políticos y a activistas locales, a curas de parroquia, a empleados de una multitud de secretarías y dependencias de Estado, a eruditos pueblerinos y a agentes de gobiernos extranjeros o de empresas transnacionales que demasiado a menudo son olvidados por historiadores y antropólogos. Se trata de una grave omisión porque su estudio microhistórico –quiénes son, cuál ha sido su formación, de qué manera interpretan las órdenes que reciben de sus superiores jerárquicos, cómo las utilizan o las desobedecen de acuerdo con sus intereses personales, cómo se insertan en las redes locales y construyen sus clientelas– resulta clave para comprender el desarrollo de las instituciones nacionales, las resistencias que estas generan en cada punto del territorio y, por ende, por qué y cómo políticas homogéneas decididas en los centros urbanos del poder (la ciudad de México, el Vaticano, Washington, etcétera) dan lugar a una enorme diversidad de situaciones locales.

Sin lugar a dudas, el mejor retrato de uno de estos “mediadores culturales” se encuentra en *Pueblo en vilo* y se refiere a Federico Cárdenas. Originario de San José de Gracia y al mismo tiempo brillante miembro de base de la institución eclesiástica, el padre Federico no es sólo un peón de la Iglesia que pone en práctica en el pueblo las decisiones tomadas por la alta jerarquía episcopal. Gran conocedor de las realidades locales, adapta las órdenes que recibe a las condiciones imperantes, las interpreta, las distorsiona e, incluso, en ocasiones, las incumple según su autónomo entender, sin por ello dejar de dar repetidas muestras de fidelidad a su corporación. Así, cuando se produce el levantamiento cristero, el padre Federico duda sobre si apoyar o no la rebelión; se informa de la opinión de los obispos –que por lo general están en contra de la lucha armada–, pero también recurre a los tratadistas de la guerra justa para hacerse un criterio propio. Finalmente, el 11 de junio de 1927, tras recorrer varios pueblos de la comarca, levanta una pequeña tropa y se suma a la lucha cristera, desoyendo las instrucciones de sus superiores jerárquicos.¹⁷

Luis González no nos dejó, desgraciadamente, retratos tan acabados de empleados del Estado –institución, en aquel entonces, todavía menos disciplinada que la Iglesia y con menor presencia en aquella región– que hubieran ejercido algún tipo de influencia en la vida de los habitantes de San José de Gracia. Tal vez haya pensado que no valía la pena ponerles nombres y apellidos a las consabidas historias de corrupción, patrimonialismo y abuso de autoridad que son todavía tan frecuentes en nuestro país.

En cambio, sí nos dejó un magnífico relato sobre la visita del presidente Lázaro Cárdenas a San José de Gracia en 1940:

¹⁴ *La ronda de las generaciones / Los protagonistas de la Reforma y de la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública (Foro 2000), 1984.

¹⁵ Vol. 15 de la *Historia de la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 1981.

¹⁶ L. González y González, “Minuta de un viaje redondo”, *Egohistorias / El amor a Clío*, coordinado por Jean Meyer, México, Centre d’Études Mexicaines et Centre-Américaines, 1993, p. 73.

¹⁷ L. González y González, *Pueblo en vilo*, cap. V, “El levantamiento”, pp. 193-196.

Juan Pedro Viqueira

un sorprendente ejemplo de contacto directo entre la cima de la comunidad Estado y la comunidad josefina. Después de treinta años de guerra y destrucción, de bandidaje revolucionario, de enfrentamientos armados entre tropas federales y cristeros y de sangrientos conflictos entre propietarios y agraristas, la visita del general Cárdenas –cuya recepción organiza el padre Federico– da lugar a una catarsis colectiva que abre las puertas de la reconciliación, de la paz social y del desarrollo de San José de Gracia. Propietarios y agraristas salen juntos a recibir al presidente; el padre Federico –como hemos visto, antiguo cristero– y el general revolucionario se abrazan en público y luego se encierran a conversar largamente a solas (no olvidemos que los dos descienden de un mismo tronco: los Cárdenas de Jiquilpan).

Varias fotografías recuerdan ese momento en que la historia josefina conoce una notable inflexión al pasar de las luchas fratricidas al desarrollo económico y social; por ejemplo, aquella bellísima en la que se ve al general Cárdenas entrando al pueblo, rodeado de risueños niños, bajo una lluvia de confeti, seguido unos pasos atrás por el padre Federico. Me gustaría detenerme ahora en otra imagen que, desgraciadamente, no está incluida en todas las ediciones de *Pueblo en vilo*.¹⁸ Se trata de la fotografía en la que aparece el presidente Cárdenas con una cerveza en la mano izquierda, conversando confianzudamente con un josefino, en el patio de una casa, probablemente la del padre Federico. Esta fotografía, puesta en el contexto histórico que nos proporciona Luis González en su libro, puede servir para sintetizar adecuadamente las muchas y diversas virtudes de la microhistoria gonzaliana.

Una fotografía como síntesis de la microhistoria gonzaliana

Esa fotografía es parte de una monografía local, de una microhistoria universal, que proporciona todos los elementos necesarios para hacerla inteligible. Nos muestra, también, cómo el contexto nacional –la presidencia de Cárdenas– influye hondamente sobre los acontecimientos locales. Pero, al mismo tiempo, esta fotografía propone una relectura radical de la historia patria. En efecto, la imagen del General “cheleando” difícilmente encaja con la estatua de bronce que le ha erigido la historia oficial. Más aún, la fotografía –siempre interpretada a través del relato de Luis González– nos sugiere que el mayor mérito de Lázaro Cárdenas no fue el de reactivar una “revolución interrumpida”, sino el de haber clausurado tres décadas de violencia fratricida, procediendo a las reformas necesarias para recobrar la paz social y sentar las bases del posterior desarrollo nacional.

Esta fotografía nos hace pensar, además, que la historia del Estado y, en general, la de las instituciones que vertebran la vida nacional se entiende mejor si hacemos a un lado las

abstracciones estructuralistas y nos fijamos más en la formación, las relaciones y el quehacer cotidiano de las minorías dirigentes; si vemos, pues, el desarrollo de dichas comunidades institución con el lente microhistórico.

Esta fotografía nos muestra, finalmente, que una auténtica historia nacional sólo puede brotar del diálogo, de la articulación, entre dos tipos de microhistoria: la local y la de las redes de comerciantes, de empresarios, de activistas sociales, de sacerdotes, de burócratas y funcionarios, de políticos e intelectuales. Nos hace ver que una historia nacional que se proponga partir de las vivencias de las personas que la hacen y la padecen tiene que concederle una atención privilegiada a los intermediarios culturales que enlazan lo local con las redes regionales, nacionales e incluso mundiales. Dicha historia tiene que darle su lugar a hechos tan relevantes como el del padre Federico organizando a los josefinos para agasajar al presidente Cárdenas como Dios manda: con chelas y botana incluidas.



Lázaro Cárdenas en San José de Gracia.

La microhistoria como arte

Sorprendentemente, la microhistoria gonzaliana no se conforma con dar cuenta de los diversos niveles de relación que existen entre lo local y lo nacional; además lo hace a partir de una mirada hondamente comprensiva de las intenciones de los actores históricos, no exenta de una fina ironía, recurriendo para ello a un estilo sabroso, claro y ágil que suscita el interés de un gran número de lectores. De hecho, la perfección formal de *Pueblo en vilo* no ha tenido seguidores, y esto se entiende fácilmente: el oficio de historiar –o más precisamente, el de

¹⁸ Esta fotografía sólo se publicó en la 2^a, la 3^a y la 4^a ediciones de la obra.

Octavio Paz

PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1990

2008

Décimo
Aniversario
Luctuoso



Cartas a Tomás Segovia

un tesoro epistolar de uno de los mayores poetas de la lengua española

En esta bella edición se recogen 55 cartas escritas por Octavio Paz al poeta y ensayista Tomás Segovia entre 1957 y 1985. Testimonio de una afinidad intelectual, en esta correspondencia el lector es testigo de la génesis de algunas obras de Paz (*Piedra de Sol*, *Cuadrivio y Blanco*, entre otras), y de Segovia (*Anagnórisis*), pero además puede acercarse a la extraordinaria prosa del autor de *El arco y la lira*.



Tapa dura
ISBN 978-84-350-1005-0
\$199.00

Rústica
ISBN 978-84-350-1006-7
\$140.00

microhistoriar— puede, mal que bien, transmitirse y aprenderse; pero el arte gonzaliano de microhistoriar no admite imitadores. La copia servil lo degrada irremediablemente. Cada microhistoriador debe crear su propio estilo.

Más aún, *Pueblo en vilo* —arte y conocimiento riguroso indisolublemente ligados— resiste perfectamente bien su comparación con obras de creación. No en vano, Luis González reconoció su deuda con Agustín Yáñez, Juan José Arreola y Juan Rulfo, aunque su estilo literario se asemeja muy poco al de estos autores. Así, la historia universal de San José de Gracia no desentona junto a microhistorias artísticas como el libro de Carlo Levi *Cristo se detuvo en Éboli* o la película de Andrei Konchalovsky *Siberiada*.¹⁹ Las tres obras se asemejan no sólo por sus altas dotes narrativas, sino también por los temas tratados y por la manera de abordarlos. Ciertamente, Luis González y Carlo Levi hicieron un viaje de ida y vuelta entre el campo y la ciudad en sentido contrario. Levi, médico y activista político citadino, fue confinado por sus actividades políticas en la apartada región italiana de Lucania en tiempos del régimen fascista de Mussolini. Ahí descubrió un mundo cuya existencia había ignorado hasta aquel entonces: el de los miserables campesinos de las áridas montañas del sur de Italia. A pesar de que todo parece oponer las vidas de Carlo Levi y de Luis González, sus principales libros guardan una profunda afinidad: los dos hacen énfasis en el aislamiento geográfico de los pueblos cuya vida relatan y, por ende, en su poca integración a la historia nacional. De la misma manera que la Europa de posguerra redescubrió a los campesinos a través del libro de Carlo Levi, México cobró conciencia de sus rancheros al leer *Pueblo en vilo*. Los dos creadores también lograron penetrar a fuerza de empatía en las conciencias de los hombres del campo y reconocieron la profunda desconfianza de estos hacia las guerras y las revoluciones, en las que les toca siempre desempeñar el papel de carne de cañón.²⁰

Siberiada presenta otro tipo de paralelismos con *Pueblo en vilo*. La película narra la vida de un pequeño pueblo en Siberia, desde el momento en que llegan las noticias de la victoria de la revolución bolchevique hasta la destrucción del poblado tras el incendio accidental de un pozo petrolero. Ambas obras, bajo el disfraz de inocuas crónicas pueblerinas, constituyen profundas críticas de unos regímenes emanados de revoluciones de principios del siglo XX. *Siberiada* disimuló con tal habilidad su carácter subversivo —en parte, dando una visión positiva de un alto cargo soviético, hijo del pueblo, que se esfuerza en detener la construcción de una gigantesca presa cuyas aguas inundarían su tierra natal, aunque finalmente su apuesta por la explotación de petróleo acelera su desaparición— que

19 Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Mosfilm, 1979.

20 Carlo Levi, *Cristo se detuvo en Éboli*, Buenos Aires, Losada, 1951, 225 pp.

logró escapar de la censura cinematográfica en la URSS y ser exhibida en el mundo entero. Así, ambos creadores –Andrei Konchalovsky y Luis González– supieron sacar provecho de la microhistoria como antídoto a las mentiras de la historia de bronce.

La dualidad de la microhistoria gonzaliana

Hemos visto que las lineales y aparentemente sencillas microhistorias de Luis González –tanto las que tratan de una localidad precisa como de comunidades institución– se erigen sobre la base de una original concepción de las relaciones entre lo local, lo regional y lo nacional, entre lo micro y lo macro, y de un profundo conocimiento de los métodos y teorías de la historia, que el historiador ranchero plasmó en su libro *El oficio de historiar*.²¹ A pesar de ello, Luis González siempre presentó y defendió sus microhistorias como simples historias locales, como historias matrias. ¿Cómo explicar esta aparente paradoja?

Por un lado, hay que tomar en cuenta el pudor ranchero de Luis González, que hacía que no le gustara ponerle demasiada crema a sus tacos; siempre prefirió que estuvieran bien rellenos de sustanciosas carnitas michoacanas. Por el otro lado, está su microhistoria personal, marcada por la dualidad: historiador de una erudición universal, Luis González nunca renegó de sus orígenes pueblerinos; es más, siempre los reivindicó con orgullo. Su sueño fue reconciliar ambos mundos –el ciudadano y el campirano– a través de sus obras. En *Pueblo en vilo* afirmó que escribió ese libro pensando, “por

lo menos en un principio”, más en sus “paisanos que en sus colegas”.²² No cabe la menor duda de que los josefinos leyeron y disfrutaron enormemente de su historia matria y que aprendieron mucho de su pasado. Sin embargo, ¿no necesitaban realmente que su historiador describiera el presente en el que viven sumergidos? ¿No será más bien que los últimos capítulos de *Pueblo en vilo* son un magnífico ejemplo de antropología cultural, cuyo objetivo es presentar a los josefinos ante los lectores de otros confines, mostrar su diferencia cultural y hacerlos comprensibles, incluso para un público urbano y culto? ¿No es acaso *Pueblo en vilo* un

muy logrado intento por acercar entre sí a las personas que conformaban los dos mundos contrapuestos de Luis González: los rancheros y los académicos?

Por esa misma razón, Luis González defendió la idea de dotar a los eruditos locales de las herramientas de la crítica histórica universitaria,²³ proyecto que, de tener éxito algún día, reduciría significativamente la brecha que nos separa de ellos y permitiría entablar un fructífero diálogo entre todos los amantes de Clío.

En sentido inverso, la mejor forma de acercar las capillas universitarias al mundo rural consiste, sin duda, en hacer accesibles los frutos más elaborados de la tradición historiográfica universitaria al mayor número posible de lectores, narrándoles de manera sencilla y amena historias rigurosamente elaboradas que hablen del pasado, primero de su terreno y después de ámbitos cada vez más lejanos. *Pueblo en vilo*, que ha sido un hito en la historiografía mexicana y un *best seller* tanto josefiniano como nacional –a la fecha se han vendido casi 65,000 ejemplares en español, además de que se ha traducido al inglés y al francés–, cumplió sobradamente con su propósito.²⁴

Ahora bien, Luis González no sólo quería que los historiadores académicos y los habitantes de San José de Gracia se conocieran. Como buen sibarita que era –para convencerse de ello basta leer las páginas destinadas a los hábitos alimenticios de los josefinos–,²⁵ buscó siempre disfrutar de los placeres que cada uno de sus mundos le ofrecía: la calidez de las relaciones de familia,



Mural de San José de Gracia.

el hermoso paisaje, la tranquilidad y la buena mesa de San José, junto con la cultura universal que devoró y compiló en su riquísima biblioteca y el prestigio y reconocimiento que se ganó en los ámbitos universitarios. Aquella madrugada de la primavera de 1987 en la que, junto con su mujer, regresó a vivir a su terreno, logró reunir en su cotidianidad lo mejor de sus dos mundos.²⁶ Ya para entonces lo había alcanzado en sus libros, para disfrute y deleite de sus agradecidos lectores. –

²¹ L. González y González, “Vejamén del microhistoriador mexicano”, *Invitación a la microhistoria*, 1997, pp. 123-136.

²² La 1^a edición tuvo un tiro de 2,000 ejemplares; la 2^a, de 3,000; la 3^a, de 6,000; la 4^a, de 50,000; la 5^a, de 3,500.

²³ L. González y González, *Pueblo en vilo*, cap. IX, “Ocasiones de contento y digresión sobre la felicidad”, p. 357.

²⁴ L. González y González, “Minuta de un viaje redondo”, p. 77.

²⁵ Zamora, El Colegio de Michoacán, 1999 (2^a edición corregida y aumentada).

²⁶ L. González y González, *Pueblo en vilo*, Prólogo, “Autodefensa, autocritica y destino”, p. 20-27.